

había arrebatado la rebelion de Lutero : Ignacio de Loyola apareció, y con él aquella milicia que durante muchos siglos abarcara al mundo con los prodigios de su predicacion, con su ciencia y con su fe.

había arrebatado la rebelion de Lutero : Ignacio de Loyola apareció, y con él aquella milicia que durante muchos siglos abarcara al mundo con los prodigios de su predicacion, con su ciencia y con su fe.

CAPITULO XII.

LEON X.—1520-1521.

Influencia de este Papa en las letras, en las artes, en las ciencias y en el pensamiento en Italia.

ABANDONEMOS por un momento la Alemania, y trasladémonos á Roma, para estudiar la accion del papado sobre el pensamiento humano, y para ver si la realidad se asemeja á la imágen que de ella nos ha descrito Lutero.

A la exaltacion de Leon X, el Tesoro del Vaticano se encontraba comprometido por las guerras de Julio II. El Papa concibió la idea de dar cima á un segundo templo de Salomon, mas precioso aun que el que construyó aquel sabio; á San Pedro de Roma. Tal fue su primer pensamiento; el segundo tenia por objeto reunir á su alrededor á los numerosos artistas que poseia la Italia. Entre estos descubrió Rafael, á quien escribió lo siguiente:

«Mi querido Sanzio: El mas vivo de mis deseos es que esta basilica se concluya con toda la magnificencia posible... Sois jóven, Rafael: este es el momento de basar los fundamentos de vuestra inmortalidad, y de haceros digno

de la confianza que en vos deposito, del afecto que os profesó, digno, por fin, de la obra que estais llamado á terminar.»

Rafael era gran arquitecto. Bramante, el hombre de Julio II, acababa de morir. ¿A quién escoger para continuar su obra? Tres émulos se presentaron: Baltasar Peruzzi, Rafael y Fra Giacondo, aquel monge versado en las lenguas antiguas, que hizo dos cosas casi á la vez: Julio Scaliger, y el puente de Nuestra Señora de Paris.

Pero Rafael era el mas apreciado de Bramante. A la hora de su muerte, cuando se confundia aun á Leon X con los demas Principes de la Iglesia, Bramante, dirigiéndose á Sanzio, le alargó su desfallecida mano, diciéndole: «Tú serás mi sucesor.» Leon no rechazó este testamento, y para llevarlo á cabo derramó el oro á manos llenas, y cedió todo el mármol de las cercanias de Roma y todas las ruinas que se descubrian, y que habia obligacion, bajo penas pecuniarias, de restituir al prefecto de San Pedro, que las compraba pagándolas de los fondos pontificales: lo que solo era en apariencia un honor para Rafael, fue causa de pingües fortunas para los demas. Por espacio de algunos meses se hicieron escavaciones, removiendola tierra con gran avides para buscar tesoros, que se hallaron en abundancia. A las inmediaciones del Vaticano, en la plaza de San Pedro, se erigió un museo, que visitaba todas las mañanas Rafael, y donde á cada piedra que tocaba decia: «Para el templo; un friso para servir de estudio; una columna para Fra Giacondo; una inscripcion para Chigi, el mercader que comió con Leon X, y el que, concluida la comida, arrojó al Tiber la vajilla de oro y plata. Estos bajo-relieves para mi amigo Marco Antonio Raimondi; esta estatua griega (Rafael no conocia la envidia) para Andrés del Sarto.»

Por la tarde, Rafael, despues de haber empleado mucho tiempo en aquella exhumacion del Olimpo pagano, re-

gresaba á su palacio del Vaticano, donde Leon X disertaba sobre el arte antiguo, causando admiracion á todos con la facilidad de su lenguaje y con su esquisito gusto. En uno de estos coloquios, en que la majestad de la tiara llegó hasta olvidarse de si misma, pasando la palabra de uno á otro, sin que antes la pidiese ninguno, figurándose los dos que se hallaban en un simple taller, Leon X concibió el vasto proyecto de resucitar en cierto modo la antigua Roma, de restablecer en ella en toda su pasada gloria, en todo su esplendor de edificios, de pórticos, de palacios de oro y mármol, y llenarla de jardines; mas floreciente que la Roma de Augusto, tanto como lo era en tiempo de Neron. Tal fue la gran obra que el Papa confió á Rafael, lisonjeándose sobremanera aquel artista de llevarla á cabo.

Leon X no olvidó que pertenecia á la familia de los Médicis, el heredero de Pedro y de Lorenzo el Magnífico. Muerto Bramante, Miguel Angel Buonarrotti, segun las órdenes del Papa, se encargó de levantar en Florencia la iglesia de San Lorenzo, revestida toda ella de la majestad de aquel gran genio, y posteriormente la de acabar la colossal figura de Moisés para el sepulcro de Julio II, pudiendo decirse que esta última fue su obra predilecta. Miguel Angel simpatizaba mejor con Julio II que con Leon X. Para él no habia formas mejores que las homéricas. Julio II era una de aquellas almas que ejercian en él una influencia magnética cuando le veia caracolear á caballo, vistiendo su reluciente armadura, marchar seguido de los soldados y arqueros, ó bien cuando, en vez de escomulgar á sus enemigos tomaba la espada y la coraza, batiéndose como soldado por la causa de la nacionalidad italiana.

Admiraba aquella mirada de fuego que se desprendia de su huesosa órbita, aquel enjuto semblante, aquel modo de decir conciso y cortado. Un Papa que le preguntaba: «¿Cuándo concluirás esta capilla?» y á quien podia contes-

tar: «Cuando pueda;» y que sonrojándose de despecho añadía: «¿Deseas por ventura que te haga bajar bruscamente del andamio?» tal era el hombre que agradaba á Miguel Angel; este era su Papa, su amo, su tipo. Si la tiara hubiera dependido de Rafael, seguramente que no lo hubiese dado á otro que á Leon X. Se comprende bien esta atracción del Papa y del artista, al contemplarlos tal cual plugo á Rafael el retratarlos: el pintor, como en casi todos sus cuadros, con el semblante pálido y melancólico, cayendo sobre sus hombros su rizada melena; la mano verdaderamente griega; la gorra de terciopelo azul ó carmesí graciosamente inclinada; el traje ajustado sobre la cadera, adornado, lo mismo que los zapatos, con cintas: Leon X, lo mismo que en el cuadro de la tribuna de Florencia, con la frente espaciosa y sin ninguna arruga, con la mirada casi celestial y con el rostro vivamente encendido, lo cual le disgustaba bastante, por no poderlo remediar ni aun con violentos y repetidos ejercicios.

Al ver aquella cabeza, serena como la de una estatua antigua, se adivina que no está allí el Julio II de Miguel Angel Buonarrotti: sin embargo, no tuvo por qué quejarse de Leon X, pues fue el único favorito de este Pontífice. Esta predilección, muy lejos de ser funesta, le imprimió una nueva dirección, y le abrió nuevo horizonte. En el pontificado es donde concluye el predominio de la escuela florentina, empezando la era de la escuela romana, que sobresalía por la buena reunión del colorido y del dibujo; pero lo sacrificó frecuentemente al naturalismo pagano. Después de Rafael, Andrés del Sarto fue á impetrar el favor de Leon X; aquel pintor de tantas purísimas imágenes, débil reflejo de la Virgen de Urbino. También le arrebató la muerte este artista; pero le dejó el tiempo suficiente para gozar del triunfo de Andrés Contucci, tan conocido con el nombre de San Sovino: gran escultor, pero con distintos títulos que Miguel Angel, y el que, después de estudiar

con pasión á Rafael, supo pasar á sus bajo-relieves algo de la dulzura de la enfermedad y de la angélica armonía del pintor.

Debe confesarse que Leon X era dichoso. Si dirige su mirada sobre un artista, muchas veces oscuro, ignorado, confundido entre el vulgo, pero á quien ha descubierto su instinto, este artista se exalta, se eleva, y, orgulloso con la mirada del Pontífice, hace prodigios en su ramo. Ved en Venecia á Marco Antonio vivir sin gloria, obligado á engañar al público, firmando sus obras con el nombre de Alberto Durar. Apenas llega á Roma, cuando Rafael le presenta al Papa, y véase ya á Marco Antonio que eleva el oficio de grabador hasta igualarle con la pintura, y cuyo buril presenta á algunas de sus figuras contornos tan puros, que se creen trazados por el mismo Rafael.

Pero la tierra era tan agradecida como el arte. Cada vez que Leon X la hacia cavar, extraía de ella una nueva maravilla; ya una medalla destinada á Sadolet, que al punto la descifraba; ya un camafeo que se engastaba en oro; ya una estatua que llevaban bajo la ventana del Papa, y que este saludaba con la mano; ya un vaso de pórfito, que hacia colocar como una diadema sobre la frente del Pantheon. ¡Qué monarcas fueron estos Papas! Julio II dió á Feliz de Fredis, que habia encontrado cerca de los baños de Vito el grupo de Laocoon y á sus hijos, una parte del producto de los impuestos de la puerta de San Juan de Letran. Leon X hace entrar el Laocoon en el Vaticano, y nombra á Fredis notario apostólico. El dia que se desenterró la estatua de Laocoon fue una fiesta para Roma: le arrojaban flores é himnos á la estatua cuando la llevaban en triunfo por las calles; las señoras desde los balcones aplaudian con las manos; los humanistas, colocados en hilera, se descubrian ante la obra maestra, y hasta el mismo Sadolet interrumpía sus comentarios acerca de San Pablo

para cantar el renacimiento del mármol griego en una oda sabida de memoria por los latinos.

Cuando Leon X no era aun mas que Cardenal, se estrajo la estatua de Lucrecia. Juan de Médicis llamó entonces á sus amigos, é improvisó yambos latinos sobre la exhumacion del mármol. Apoderose con este ejemplo una fiebre poética de Roma: exámetros, pentámetros y yambos comenzaron á caer como el rocío sobre la estatua descubierta, que, despertando á tan dulce armonía, parecia escuchar los acentos de un idioma que habia dormido tantos siglos con ella, y que resucitaba entonces con toda su primitiva gracia. Este culto por la antigua lengua de los romanos, que favorecieron sobre todo Leon X y Julio II, contribuyó muy poderosamente á renovar el gusto hácia las bellas letras. Es fácil, al estudiar á los grandes escritores de aquella época, ver cuánto se purifica la lengua del Dante al refundirse en la de Virgilio; brilla, se limpia de sus añejas manchas, y saca por este medio una pureza de sonidos que la ha convertido en la lengua mas melodiosa que el hombre ha podido hablar.

En el siglo de los Médicis, para progresar, es preciso haber estudiado la antigüedad: esto era una necesidad de la época. Rafael, Miguel Angel y Fra Giacondo se sometieron á ella, y si, á la manera que Bembo y Sadolet, hablan griego y latin, en este caso las puertas del Vaticano se abren para dárles paso; entran en el consejo del Principe, y llegan á ser su confidente y su secretario.

Recorred esa no interrumpida cadena de letrados, desde Marsilio Ficin, en tiempo de la fundacion de la Academia platónica, bajo Lorenzo de Médicis, hasta Sadolet, en el pontificado de Leon X, y hasta mucho mas allá: no hubo uno que no cantase en latin, y los mismos Papas se vieron obligados á seguir el ejemplo de los humanistas. Cantan, pues, y con frecuencia, á la manera que Leon X, para recibir los aplausos del mundo. Júzguese, en vista de

esto, hasta dónde llega el frenesí por la poesia lirica. El antiguo Nifo, que antes que Espinosa enseñó el dogma del alma universal, y que hubiera corrido tal vez algunos peligros, no de parte del poder, entonces tan tolerante, sino del de algunos profesores celosos, si su Obispo Barrozi no le hubiese ocultado bajo sus vestidos; «Nifo, el hombre del entimema y del silogismo, á los setenta años tomaba un laud, y se entretenia componiendo elegias, á imitacion de Propercio.»

Así, pues, mucho tiempo antes de la Reforma «que, segun Bacon, se dedicó á cultivar las lenguas y los autores selectos de la antigüedad,» el estudio de los clásicos era el objeto de una ardiente pasion en Italia. La ciencia de las lenguas estaba protegida por los Papas y honrada por los literatos, quienes tan pronto se apasionaban por las frases ciceronianas, imitando á Sadolet, y estudiando á aquel sabio orador dia y noche, y concluyendo por adivinar sus secretos, como, siguiendo el ejemplo de Bembo, recalcaban las armoniosas frases de Tito-Livio, ó bien, siguiendo á Tomás de Padua, hacian recordar en sus diálogos la majestad de Platon. Estudio enteramente plástico, que se ponía mucho cuidado en no despreciar, porque enriqueció la lengua italiana con una multitud de voces, de giros y de tropos de muy buen efecto; giro de palabras que no desdeñaban los mismos latinos, quienes tambien se empeñaban en descubrir algo en aquella lengua, hablando, en efecto, algunos arcaismo, que introducian como de viva fuerza en el idioma natal, y cuyo origen, perdido á traves de los tiempos, costaria ya gran trabajo en ser reconocido por el oido mas ejercitado.

Hemos visto con qué esplendor trató Leon X la arquitectura y la pintura; apenas Francia, Alemania, Inglaterra y España contaban su historiador; cuando Italia citaba ya á Boggio-Bracciolini, Leonardo Aretin, Antonio Cocchi, Bernardo Corio, simples analistas, que se contentaban con

remover el polvo de los sepulcros, pero que no sabian dar el soplo vital, ni la palabra á las sombras que encubria. Por último, aparecieron Maquiavelo y Guichardin: el primero es el que, en la historia de Florencia, presenta el estilo, los elegantes períodos y el adorno en las frases de Tito-Livio, y á veces la discreta combinacion de las palabras y la profundidad de Tácito; genio turbulento y desordenado, sedicioso que iba á ser ahorcado á consecuencia de haber tomado parte en la conspiracion de Capponi y de Boscoli, á cuyo suplicio escapó milagrosamente, gracias á la proteccion de Leon X, mediante á la cual pudo sustraerse de la justicia del país.

Guichardin no fue tampoco un cortesano de valimiento: escribió unas *Memorias*, en que habia jugado gran papel, pues manejaba la pluma con la misma soltura que la espada. Esta fue fiel durante toda su vida á sus superiores; pero aquella, por el contrario, se los pintó á veces con una severidad tal, que se asemeja mas á injusticia. Fue comisionado en 1515 para felicitar á Leon X á su entrada en Florencia. El Papa quedó muy admirado de la fraseologia pataviniana del orador, del adorno de sus locuciones, de la gracia y cadencia de las mismas, y del noble y airoso porte de su persona.

Guichardin fue nombrado abogado consistorial al dia siguiente de su presentacion á Leon X. Desde este dia fue el favorito del Pontífice, quien, á su vuelta á Roma, le nombró gobernador de Módena y de Reggio. Se le ha colocado entre los historiadores antiguos, y es seguro que su nombre vivirá en la posteridad. Tiene un alma de fuego; es dramático, y describe admirablemente un campo de batalla. Lástima es que se conozca, al leer sus escritos, al rector del Jardín de Rucellay, donde se complacia en platicar con Valeriano, Machiavelo, Calcagnini, y que su locucion sea un poco exuberante y monotoná, como el ruido de los árboles, bajo los cuales iba á buscar sus inspiraciones.

Pablo Jove, que frecuentaba tambien en Florencia el Eliseo de Rucellay, concibió el proyecto de escribir la historia de su tiempo. Puso manos á la obra. Cuando acabó algunos fragmentos, se dirige á Roma, y pide una audiencia al Papa. Al dia siguiente fue introducido en el Vaticano. El Papa se hallaba rodeado de Cardenales. Pablo empieza la lectura de su obra histórica, y Leon le da el título de Tito-Livio italiano, el cual no ha confirmado la posteridad: le nombra caballero, y le señala una gran pension sobre el Tesoro. Poco despues Adriano VI le nombra canónigo de Como; Clemente VII le aloja en el Vaticano, le concede muchos criados, cual si fuese un príncipe, y, por último, le confiere el obispado de Nocera.

Todo esto era muy halagüeño para cualquiera; pero no para Pablo Jove, el cual se dice murió de dolor porque Pablo III no quiso concederle el capelo de Cardenal.

La cabeza de Valeriano Bolzani puede decirse que era una enciclopedia; era teólogo, jurisconsulto, profesor de elocuencia, arqueólogo, y élémulo de Horacio, como le llama Arsilli en su poema. La miseria le obliga á servir á un caballero veneciano; sus primeros maestros fueron Juan Lascaris y Marco-Antonio Sabellico. A los veinte años abandona su patria, que habia sido invadida por las tropas imperiales, y busca una ciudad donde poder entregarse tranquilamente á sus estudios. Roma se presenta á su imaginacion: su primer protector fue un Cardenal, y su amigo y cortesano Leon X. Mientras que este Príncipe hacia escavar la tierra de Roma, Valeriano, iniciado en las lenguas orientales, se consagraba al Egipto, á aquel misterioso suelo, desconocido aun de todos, sirviéndole algunos obeliscos recientemente descubiertos de libro, donde se ensayaba en leer el alfabeto del pueblo mas antiguo de la tierra.

Existe otro sabio, que ha celebrado en latin y en griego la generosidad de Leon X, el cual, no solo leia en la

lengua nativa á Homero, sino que tambien á Isaias y á los Profetas; un apasionado admirador de Santo Tomás, de San Agustín y de los Padres, cuyos escritos habia estudiado: este hombre era Calcagnini, aquel que cumplimentó á Erasmo á su paso á Ferrara, en un estilo «tan puro, tan flúido, que el filósofo permaneció mudo, sin saber qué responder.» Lutero le tuvo por adversario. El reformador le trató como lo habia hecho con Prierias y Eck; es decir, que le consideró como un monge craso y hasta idiota. Erasmo era mas justo. Cuando recibió el manuscrito de Calcagnini, *De Libero Arbitrio*, en que combatia con gran lógica la doctrina luterana sobre la predestinacion, se admiró de tal modo, «que lo hubiera mandado imprimir para gloria de vuestro nombre, decia al autor, á no ser por un maldito párrafo, en que aparentais creer que me complazco en las discusiones religiosas, encadenada la lengua y atadas las manos en presencia del jabalí que devasta la viña del Señor.»

Italia en el siglo xvi era una verdadera tierra de promision, que todas las inteligencias pedian ver antes de volver á Dios. En aquella época los Alpes se deprimian, no ya ante un nuevo Anibal, sino bajo la planta de algunos hombres oscuros, que iban á estudiar el movimiento intelectual, á interrogar á las ruinas ó manuscritos recientemente hallados, á admirar ante las pinturas de Giotto, á penetrar en una de las cúpulas construidas por Arnolfo ó por Brunellesco, á buscar inspiraciones ante las maravillas que presentaba cada ciudad, á escuchar el canto de los poetas, cuando enmudecia la lira por todas partes. Todo despertaba allí á la vez: artistas, filósofos, la grandeza, el monarca y el pueblo. Mientras Italia se apasionaba por las tesis teológicas, en Florencia el pueblo, con la cabeza descubierta, con ramas de olivo en la mano, acompañaba en procesion á una Virgen de Cimabüe, que se acababa de encontrar: en Ferrara algunos ganapanes repe-

tian las estrofas de Orlando, y en los Apeninos doblaban la cerviz los salteadores, en señal de respeto, ante el Ariosto.

Cuando Alemania daba la señal de la rebeldía del sentido íntimo, Bandinelli creaba el grupo del altar mayor de la iglesia de Santa María de la Flor; Angel Politien y Juan Pico de la Mirandola descendian en triunfo de sus sepulcros de la iglesia de San Márcos, y Buonarotti creaba la estatua colosal de David; Venecia, Ferrara, Milan, Bolognia, Parma, Rávena, Florencia y Roma, cada ciudad italiana se convertia en un foco artístico de luces y de ciencias, que iba á envolver en su trama de fuego al mundo entero.

Entonces no se observaban las acogidas de los Médicis, que llegaron al supremo poder por medio del comercio, banqueros de Europa, protectores de las letras. Las que daba Leon X en el Vaticano horraron el esplendor de las cortes mas brillantes. ¡Jamás se habian reunido en el palacio de un príncipe inteligencias mas sobresalientes! Vais á juzgarlo. Ahí teneis á Luis Ariosto, que acaba de llegar á Roma de Ferrara, para dar las gracias al Papa por la excomunion que ha pronunciado contra todo el que pretenda reimprimir las obras del poeta sin su consentimiento: Bula noble, lanzada contra la codicia de algunos pícaros que habian establecido un verdadero crucero para apoderarse y vender cuántos versos componia el cantor de Reinaldo. Leon se exalta por el Orlando, del que le agrada recitar algunas estrofas, con aquella voz tan dulce, que penetra hasta el alma. Podeis ver despues al Obispo de Fossombronne, Pablo de Midleburgo, que viene á ofrecer á Su Santidad el tratado *De recta Paschæ celebratione*, del que pudiera decirse que habia sido escrito por algun sabio benedictino un siglo despues; Basilio Lapi, discípulo de Vespuccio, que desea dedicarle su libro *De ætatum computatione et dierum anticipatione*, porque Leon se ocu-